



Azulejos

EMILIO SAAD

El Familiar

Una historia de terror



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



Azulejos

Emilio Saad

El Familiar

Una historia de terror

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **coordinación general** de Juan L. Rodríguez.

Actividades: Emilio Saad y Alejandro Palermo.

Corrección: Mariano Sanz.

Realización gráfica: Verónica Carman.

Documentación gráfica: Patricia Curcio.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

EMILIO SAAD

El Familiar

Una historia de terror

Saad, Emilio

El Familiar. Una historia de terror / Emilio Saad ; dirigido por Alejandro Palermo - 1a ed. 5a reimp. - Boulogne : Estrada, 2015.
128 p. ; 19x14 cm. - (Azulejos)

ISBN 978-950-01-1190-4

1. Material Auxiliar de Enseñanza. 2. Apreciación Literaria. I. Palermo, Alejandro, dir. II. Título
CDD 371.33



Colección Azulejos 54

© Editorial Estrada S. A., 2009.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

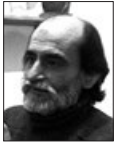
Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1190-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Biografía



Emilio Saad es periodista, historietista, escritor, dramaturgo y operador social. Nació en Tucumán, en 1950. Poco antes de cumplir nueve años, se trasladó con su familia a Buenos Aires. Allí realizó sus estudios (periodismo, teoría del teatro, dibujo) y, a su tiempo, inició sus actividades profesionales.

Como historietista dibujó y escribió más de seiscientas historietas publicadas por diversas editoriales: Columba, Cielosur, Skorpio, Makoki (Barcelona), etcétera. Dentro del género, trabajó con Héctor Oesterheld, Robin Wood, Ernesto García Seijas y Horacio Altuna, entre otros.

En 1995 realizó un curso de operador social, dictado por la entonces Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad de Buenos Aires. Trabajó durante nueve años en instituciones públicas y privadas que se dedican a la atención de menores en situación de riesgo.

Condujo los talleres que produjeron el material para la revista *Chicos de la calle en Buenos Aires* (1997-2002), editada por la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Dirigió diversas revistas juveniles, barriales y de interés comunitario: entre otras, *Utopía juvenil* y *Amanecer al margen*.

Desde 1997 hasta 2001, condujo talleres de dramaturgia para estudiantes secundarios. En ese marco, además, escribió más de veinte piezas que fueron representadas por jóvenes que participaban en el proyecto: *Detrás de la puerta*, *De bares y de pájaros*, *Plaza abierta*, etcétera. También escribió y estrenó obras teatrales para adultos.

Publicó una novela histórica para chicos: *La casa de las ánimas* (Crecer creando, 2006).

Desde 2003 conduce varios talleres (de historietas, periodismo y literatura) dentro del Programa “Club de Jóvenes” del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

La obra

El mito del Familiar estuvo muy difundido en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy desde fines del siglo XIX hasta las cuatro primeras décadas del siglo XX. Según una de sus versiones, el dueño de un ingenio azucarero hacía un pacto con Zupay (el Diablo criollo) para asegurarse buenas cosechas eternamente. En consecuencia, Zupay le enviaba al Familiar (un monstruo descrito de diversas maneras), al cual el dueño del ingenio debía entregarle, cada año, uno o dos peones, aparentemente para que ese ser los devorara.

Mi novela se desarrolla en Tucumán, en el verano de 1938. Luis, un chico porteño de quince años, va de vacaciones con su familia a un ingenio donde el tío de su padre trabaja como contador. Mientras en el relato se desarrolla la aventura mítica, también va revelándose un conflicto laboral y social: estamos en la década del treinta, en un país con escasas leyes sociales, salarios paupérrimos y patronos que pagan con vales.

Y otro conflicto se despliega: Buenos Aires y el interior. Las diferencias, los parecidos y los enfrentamientos. Porque los protagonistas son chicos que se reconocen de un mismo país, aunque por momentos parecen pertenecer a mundos distintos.

Pero todavía hay un conflicto más íntimo: el relacionado con el crecimiento individual. A medida que relata sus vivencias, Luis parece ir construyéndose a sí mismo. Va creando sus propias convicciones, va singularizándose. No olvidemos que la historia se desarrolla en Tucumán, cuna de la independencia argentina.

Todos los conflictos que he enumerado convergen en un final que, quiero creer, se presenta como la superación de esas diferencias. Al final de la historia, tal como Luis dice, él ya no es el "mismo", pero tampoco es "otro": es, sencillamente, "mejor". Y tal vez esto pueda decirse de su familia, de sus amigos y de todos aquellos involucrados en la aventura. Me encantaría que esto, hoy, también pudiera decirse de nuestro país.

El autor

El Familiar

Una historia de terror

1

El relato de Luis

*A mis amigos de Tucumán, cuando yo era un chango,
con el deseo de que la vida haya sido lo mejor posible para ellos.*

Yo nunca me voy a olvidar de esas vacaciones. Papá había dicho: “Este verano vamos a ir a Tucumán, a visitar al tío Joaquín”.

Para mí, Tucumán era el lugar donde se había declarado la independencia de la Argentina. Recordaba los dibujos de la Casa Histórica que me mandaban a hacer en la escuela primaria. Y la figura de esos congresales gritando “¡Sí, quiero!”, en una casa que, a juzgar por el deterioro de su fachada, no parecía capaz de resistir tal griterío. Sobre todo si esos hombres habían sido como aseguraban las maestras: unos próceres cuya decisión había hecho temblar los cimientos de la historia. Yo no quería imaginar lo que podía haber pasado con los cimientos de aquella casa.

Pero no me tomen en serio. En noviembre de 1937 yo recién había cumplido quince años. A esa edad se es crítico por naturaleza. Uno todavía no sabe lo que es el mundo, pero ya empieza a sospechar que no es tal como se lo contaron. No es que se vuelva escéptico. Al menos en mi caso. Yo, simplemente, quería aprender por mi cuenta. Me había convertido –debo decirlo– en un investigador. ¿Así que Tucumán era una provincia del norte? ¿Así que su economía dependía de los ingenios azucareros? Y no hablemos de los valles calchaquíes ni de las ruinas de los indios diaguitas. A mi edad sentía la necesidad de comprobarlo todo. Y no crean que desdeñaba lo que me habían

enseñado. Lo tomaba como un antecedente. Una guía de investigación, digamos.

Les dije a mis padres que quería conocer Amaicha del Valle y subir a lo más alto del Aconquija. Ellos sonreían ante mi entusiasmo. Yo era un chico nacido y criado en Buenos Aires, en el límite entre el barrio de Belgrano y el de Núñez. Ni siquiera conocía Mar del Plata que, por ese entonces, todavía era un balneario para gente rica. Mis tardes de playa no pasaban de Olivos o la Costanera Sur. De modo que, un día, mamá, al verme estudiar concienzudamente el mapa de Tucumán –por suerte era la provincia más chica del país– dijo satisfecha:

–Luisito puede aprender mucho de este viaje.

¡La pobre! No sabía que investigar es aventurarse. Y esto siempre significa internarse en lo desconocido. Y lo desconocido podía ser la magnífica vista de un valle desde las cimas del Aconquija. Pero también la horrorosa oscuridad subterránea por la que Cachilo y yo correríamos despavoridos, poco tiempo después, sintiendo que un monstruo indescriptible venía detrás de nosotros. Un monstruo del cual ya hablaré y que aún hoy, cuando escribo, me hace temblar la mano. “Algo” a quien Cachilo llamaba “el Familiar” y que, por supuesto, no era de su familia. Más bien parecía haber sido el destructor de ella.

Pero no quiero adelantarme. Contada rápidamente, esta historia puede parecer demasiado fantástica. Y aunque tal vez lo sea, quiero avanzar paso por paso para que se comprendan las razones de mi horror, de mi mano que tiembla y del ramalazo de espanto que a veces, de noche, todavía me asalta. Quiero decir, en suma, que la historia que voy a contar tal vez no tenga explicación. Pero una explicación es lo que menos importa cuando uno corre

desesperado por los pasadizos secretos de un ingenio azucarero. Y cuando tu amigo grita “¡Escapá vos; viene por mí!” y al volver la cabeza ves al monstruo saltar –con sus ojos fosforescentes y sus fauces abiertas– sobre Cachilo, ese tucumano flaco y audaz, el mejor amigo que tuviste en la vida.